

EDUARDO ROMERO

¿Cómo va a ser
la montaña un dios?

Escuchar es casi escribir.

Alfredo Molano

Lo de los mineros ye una cosa antigua, vas a escribir de algo que ya no existe. Ya ves, incluso cuando hablabas de Colombia, los mineros ya no aparecen, de lo que se habla es de camiones y barcos.

Me lo imagino todo en blanco y negro. Es una cosa antigua, lo era hasta cuando existía.

Javi, lampisteru



* FIGUERAS

* AVILÉS

* GIJÓN

* OVIEDO

LANGREDO*

MEL ENRSED*

* MIERES

LAVIANA*

RIBERA
PIVAREC

* VILLABIANO

* ARDAS

* LEÓN

ASTURIAS

GALICIA

CANTABRIA

CASTILLA Y LEÓN

PORTUGAL

ARNAO

*XVILÉS



PUERTO DE
EL MUSEL

*GIJÓN

LA
CANOCHA

ASTURIAS

*OVIEDO

LANGREDO*



TUILLA

MIERES

*CIÑO



*SANTULLANO

FIGAREDO

*
LAVIANA

VILABLINO

LA MALVEA
SAN
MIGUEL
DEL RÍO

ARBAS

LEÓN





*BOGOTÁ

PRIMERA PARTE

I. Como un enjambre

A doscientos metros del castillete del Pozu Terrerón, un edificio alargado de dos plantas. Cuando se construyó, era una colonia: el lugar que la empresa acondicionaba para que se alojaran en él los trabajadores foráneos reclutados para *trabayar* en la mina. Muchos eran extremeños, andaluces, gallegos. También había reclusos que redimían pena. Cada mañana, llegaban cuatro números de la guardia civil y dos *guardajuraos*. Los reclusos formaban en fila india y los guardias los escoltaban hasta la *caña* del *pozu*.

Más tarde, los inmigrantes se fueron instalando en los bloques de pisos de la barriada de Tuilla. Con la primera paga, muchos que habían llegado vestidos con andrajos compraban un traje en el pueblo, y un reloj, que les cobraban a plazos. También muchos de los que habían sido convictos se casaron y se quedaron a vivir en la barriada. Al fin y al cabo, en sus pueblos de origen los tenían tachados como rojos.

La colonia pasó a ser oficina y almacén. Hoy en día, es un geriátrico. La dueña, médica, es hija de minero. Juanchi, su marido, que era practicante en la mina, afirma: «De cinco mil puestos de trabajo que hubo en esta zona, quedan ahora trece».

El edificio está rodeado por una verja de un par de metros de altura.

Tinín se agarra a la verja, del *lao* de dentro: «Yo soy muy *educao*, entré *p'allá* y les decía a los mineros: que aproveche, que aproveche. *Gracies*, Tinín, me respondían». El viejo saca un cordel del bolso de la chaqueta: «Mira el nudo corredero que sé hacer, ¿a que soy *listu*?».

Milín, con su visera y con su mano temblorosa, se acerca y susurra: «Dame una perrona». Una señora gorda que se apoya en unas muletas riñe a Milín. «No se le puede dar *na*; si *tien* dinero, *tómase* un café tras *otru* y pillá diarrea».

El tren pasaba por delante de la antigua colonia. Las paredes interiores del edificio eran de azulejo. A cada paso del ferrocarril, la vibración provocaba que unas cuantas piezas se desprendieran y se hicieran añicos contra el suelo, así que el ingeniero decidió poner fin al azulejo y ordenó que se encalaran las paredes.

Del otro lado de la carretera que muere allí mismo, algunas casas que ya existían cuando la mina funcionaba. Una de ellas era por aquel entonces el botiquín. La más cercana al *pozu* la compró un polaco que se vino a trabajar en la mina en los años noventa. Tiene en la trasera un terreno muy *pindiu* por el que corretean un puñado de gallinas y de ocas. Arriba del todo, subidas en unas piedras, un par de cabras. Hay un barril en medio, será *pa* que se abreen en él. Y un espantapájaros, con su sombrero de paja.

De ahí al *pozu* hay un *descampao*. Entrás en él y empiezas a sentir el silencio. Hace cuatro o cinco décadas, había allí un enorme trajín: el suelo estaba cruzado por montones de raíles por los que entraban vagonetas con *maera* y salían vagonetas con carbón; había talleres para arreglar la maquinaria y los aparatos eléctricos; se escuchaba constantemente el ruido de los compresores y de los ventiladores, y el sube y baja de la jaula. El ulular del *turullu*, que se tocaba mediante una manivela, avisaba del cambio de turno. Y cientos de mineros pululaban por allí, haciendo tareas en el exterior, llegando al tajo o marchando *pa* casa.

«Si llegas a ver esto hace cuarenta años, no encontrarías ni una colilla en el suelo. Aquí donde estoy pisando, había unos jardines preciosos, con setos recortados que ni en el parque de Oviedo», cuenta Juanchi. Al parecer, unos peones de exterior se encargaban del *embellecimiento* de los alrededores del *pozu*.

El *día paga* —así llamaban al día de cobro— se salía media hora antes. El paisano de la oficina iba a por *les perres* a un banco de La Felguera. Lo traían escoltado entre los guardias civiles y los *guardajuraos*. Había un ventanuco por el que se hacían los pagos. Ese día se montaba una especie de *mercáu*: llegaba gente a vender avellanas, navajas o cualquier cosa. Algunas *muyeres* se acercaban para que *el su home* les diera el sobre antes de que se desviara del camino a casa y acabase gastándolo todo en vino, juego o putas. Ellas, las putas, rondaban más que nunca ese día. Y, en todo caso, no era difícil encontrarlas. Prácticamente había una casa de putas en los alrededores de cada *pozu*. No eran mujeres del pueblo las que vivían y trabajaban en estas casas, venían sobre todo de Galicia y Portugal.

Al fondo del *descampao*, tras la maleza que prolifera a partir de un punto del camino, te topas con los edificios de la mina. Es un lugar húmedo y sombrío. De la lampistería, las oficinas y las salas de aseo cada vez se conserva menos estructura. Algunas de las paredes se han derrumbado. Lo que queda son restos que el bosque irá conquistando.

El edificio que albergaba la sala de máquinas, completamente vacío, tiene unos techos altísimos, la escala de la nave es sorprendente, como una catedral. A un lado, el castillete y la *caña* del *pozu*. Un cartel en el que puede leerse: «Atención. Número de obreros que lleva la jaula...». El cartel está tan tapado por las zarzas que no hay manera de ver el final de la frase. Doce eran los mineros que cabían en cada una de las dos jaulas disponibles. Tampoco se conserva un trozo de pizarra en la que podían leerse algunos consejos de seguridad. En él se anotaban también el número de mineros accidentados. Y, como forma de animar a la tropa, la cantidad de vagones y las toneladas de carbón que habían salido de cada tajo.

De vuelta a la verja del geriátrico, dos ancianos están sentados en un banco. Benjamín García Álvarez, nacido en 1926 en Carbayal de les Cubes. «*Retireme* en el Pozu María Luisa después de treinta y seis años y medio en la mina». El otro viejo cuenta, orgu-

lloso: «Salvé la vida mía y la del picador. Vi que bajaba tierra detrás de los bastidores, di la alarma y al poco cayó *too* abajo».

Junto al geriátrico, aún se conservan dos de las seis naves que albergaban casi trescientas mulas. Un barbero venía a afeitarlas cada fin de semana. Les rapaba al cero la mitad superior del cuerpo. Y dejaba dos o tres centímetros de pelo en la mitad inferior para evitar rozaduras y golpes. Todos los sábados se las bañaba con agua y cepillo en una balsa. Les llegaba el agua hasta el *focicu*. Por eso, a las pequeñas y a los machos, que eran de menor tamaño, no las metían allí y las bañaban con una *manga*.

En la parte superior de las naves había una *tená* con heno, centeno y alfalfa, el alimento de las mulas. Era habitual encontrar allí dormido a alguno de los mineros que tenía lejos su casa, o que se había emborrachado demasiado esa noche como para regresar.

Para bajar a las mulas en la jaula, se les ponía un saco en la cabeza. Así no se asustaban. En las galerías se las utilizaba para el arrastre de los vagones. Podían con veinte o veinticinco de una tacada. Una vez que se llenaba el primer vagón, el caballista gritaba «tira» y la mula daba tres pasos. Justo los necesarios para que el segundo vagón quedase en posición para ser llenado. Así continuaba la cosa hasta que el minero gritaba «tira *pa* fuera». La mula caminaba entonces, ella sola, hasta la jaula, por lejos que estuviera.

En cada galería, había una cuadra. Muchas veces las mulas quedaban dentro de lunes a viernes. El fin de semana las sacaban para evitar que la oscuridad las dejara ciegas. Había que cuidar también que no se acercaran a una catenaria. Cuando la tocaban, la descarga eléctrica las hacía caer muertas en el acto. Entonces se las cargaba en una mesilla —un vagón destinado a llevar *maera*— y se sacaba el cadáver a la superficie.

2. Dos estirpes

El 4 de abril de 1824, las goletas Bolívar y Boyacá, comandadas por el capitán de navío Renato Beluche, capturaron a tan solo tres leguas de La Habana, tras una frenética persecución y un duro combate, a la goleta Ceres. La Bolívar y la Boyacá pertenecían a la Gran Colombia, país creado poco antes mediante la unión de Venezuela y la Nueva Granada, así como los territorios de las actuales Panamá y Ecuador y porciones de Perú, Brasil, Nicaragua y Honduras. La goleta Ceres era española. En ella navegaba el guardiamarina gijonés José María del Carmen Alvargonzález y Pérez de la Sala. La embarcación española sufrió numerosas bajas. José María se encontraba entre los heridos. Fue hecho prisionero y, tras varios meses, fue liberado y conducido a La Habana.

Ochenta años antes de este episodio, nació en Gijón Gaspar Melchor de Jovellanos. Gran defensor de la explotación del carbón, estaba obsesionado con mejorar las vías de comunicación para que la industrialización pudiera al fin despegar en Asturias. Fue Jovellanos, junto a otros ilustrados como Pedrayes y Cienfuegos, quien recomendó a un tal José Alvargonzález Zarracina como profesor de Matemáticas en la Real Academia de Guardiamarinas de Ferrol. Este hombre era el tío de José María, el Alvargonzález capturado en la goleta Ceres. Fue él quien animó a su sobrino a enrolarse en la Armada. Desde entonces, los Alvargonzález han participado en todas las batallas.

Probablemente, el más famoso marino de guerra de la estirpe fue Claudio Alvargonzález Sánchez (1816-1896), «el héroe de Ab-

tao». Su hazaña fue más o menos la siguiente: en el marco de las hostilidades de España frente a Perú y Chile, y antes de la llegada de Claudio con los refuerzos, la flota española del Pacífico había ocupado las islas Chincha. Mientras permanecía fondeada, la expedición sufrió un par de reveses. Un día, a uno de los marineros se le cayó aguarrás sobre un candil roto y el barco donde se encontraba fue pasto de las llamas. Otro día, el almirante Pareja se pegó un tiro en su camarote tras enterarse de que había perdido estúpidamente uno de sus buques a manos de los chilenos. Más tarde, la flota chileno-peruana y la española se enfrentaron en una especie de escaramuza en la isla de Abtao, donde la débil escuadra americana se había guarecido. Claudio Alvargonzález comandó los barcos españoles durante esa refriega. De ahí lo de «el héroe de Abtao».

Cerca de dos meses después, tuvo lugar el bombardeo de Valparaíso. El puerto chileno se encontraba indefenso. Méndez Núñez, al mando de la Armada española tras la triste suerte del almirante Pareja, difundió entre la población de la ciudad chilena un mensaje de este estilo: «Oigan, les vamos a bombardear, así que quítense de en medio». Decenas de miles de personas tuvieron que abandonar la ciudad. «Todo el mundo civilizado reprobará nuestra conducta», llegó a decir el propio Méndez Núñez. A continuación, destruyó media ciudad a bombazos.

Por último, tuvo lugar la batalla del Callao en Perú. Al igual que sucedió en el caso de Abtao, lo curioso de esta guerra surrealista es que todas las partes celebraron la victoria. Banquetes y misas en Chile. En Bolivia, se declaró fiesta nacional y se acuñó una medalla: «A los vencedores de Abtao y el Callao». En España la victoria se celebró con fuegos artificiales, música y teatro, y se recaudó dinero para las viudas y los huérfanos de los que murieron nadie recuerda muy bien para qué. En Cádiz, a la llegada de la flota, los festejos se prolongaron durante quince días. También en Gijón le esperaba un homenaje a Claudio. Por suscripción popular, se encargó al destacado pintor Ignacio Suárez Llanos que retratara al

célebre marino. El cuadro se colgó de la pared del ayuntamiento de la villa, y allí permaneció durante nada menos que ciento treinta y seis años. Cuando en el año 2021 el retrato se trasladó a un emplazamiento menos honorable, la familia del marino consideró que la decisión del consistorio era una mezquindad que sepultaba «la memoria de un prohombre de la ciudad».

Guerras carlistas, Cuba, Filipinas, regatas reales en la corte de Alfonso XIII, los Alvargonzález continúan en la brecha. Ya en pleno siglo xx, varios de los miembros de la estirpe forman parte de las operaciones militares contra los insurgentes en la colonia marroquí, esa guerra en la que España acabó rociando el Rif con armas químicas.

Antes de la Guerra Civil, aún dio tiempo a que un Alvargonzález, concretamente Isidro Meana-Brun, participara en la represión a la revolución de 1934 en Asturias. Isidro se encontraba embarcado en el crucero Miguel de Cervantes, que trasladó tropas y municiones a Gijón y bombardeó el barrio de Cimadevilla, lugar donde precisamente hoy se encuentra la sede de la Fundación Alvargonzález. Isidro fue uno de los cinco miembros de la familia fallecidos durante la Guerra Civil. En 1936, él estaba de nuevo enrolado en el Miguel de Cervantes, ahora ya como alférez de navío. Los marineros, al igual que los de otros buques de la Armada, se amotinaron preventivamente el 19 de julio y encerraron bajo llave a los oficiales, ante el temor de que estos entregaran el barco a los golpistas. Tras fondear en Tánger, el buque salió a la mar y participó en el bombardeo de Cádiz y de Ceuta. Después de sufrir algunas bajas por los ataques de la aviación nacional, los marineros decidieron ejecutar a todos los oficiales que tenían retenidos. Los fusilaron por parejas en la cubierta y arrojaron sus cuerpos al mar.

Otro Alvargonzález, Rafael González, fue ejecutado en similares circunstancias. Encerrado en el buque España n.º 3 junto a jefes y oficiales de la Armada, el barco, que se encontraba fondeado

SEGUNDA PARTE

5. Los ingenios

A mediados del siglo xvii, el Ducado de Curlandia, bajo el paraguas de la República de las Dos Naciones (Lituania y Polonia), acometió su empresa colonial. Apoyándose en su despegue económico —astilleros, metalurgia— y en las ideas mercantilistas del duque Jacobo, Curlandia fundó dos enclaves, muy dispares geográficamente: el Fuerte Jacobo lo construyó junto al río Gambia; su otra colonia, en las llamadas Indias Occidentales, fue la isla caribeña de Tobago.

En África, Curlandia participó brevemente en el festín del comercio triangular. Pero su joya gambiana cayó pronto en manos holandesas, y más tarde inglesas. El Fuerte Jacobo pasó a llamarse Fuerte James, y se convirtió en un enclave estratégico para el desarrollo del comercio de esclavos. Hoy en día, el lugar, llamado isla de Kunta Kinteh, es una atracción para que expediciones de turistas, mayoritariamente blancos, disfruten con la historia de la esclavitud.

A Tobago la llamaron Nueva Curlandia. Azúcar, tabaco, café, algodón, jengibre, añil, ron, cacao, caparazones de tortuga, pájaros tropicales y sus plumas. Antes de terminar el siglo xvii, y tras varios avatares que terminaron con la prosperidad de la metrópoli, los curlandeses abandonaron la isla, que acabará en manos británicas.

Siglo y medio después, en 1838, nació James Martin Eder en Mitau, cuando Curlandia, ahora integrada en Letonia, ya estaba en poder de Rusia y formaba parte de las provincias bálticas. Liepāja, un puerto a doscientos kilómetros de Mitau, fue el principal punto de partida de la inmigración rusa a Estados Unidos. Algunos de sus hermanos ya estaban en América cuando James Martin Eder,

con tan solo trece años de edad, puso rumbo a Nueva York. Siete años después, Eder ingresa en la Universidad de Harvard y, en 1861, se presenta en el muelle colombiano de Buenaventura como abogado y representante comercial de varias firmas panameñas, en tiempos en los que Panamá aún formaba parte de Colombia.

Jorge Isaacs fue un poeta y novelista romántico cuya única novela, *María*, es reconocida como un hito de la literatura latinoamericana del siglo XIX. Su padre, judío británico de origen sefardí nacido en Jamaica, viajó al Chocó en 1821 atraído por la fiebre del oro. Allí adquirió una cuadrilla de negros y comenzó así su negocio. Quejoso de tener que vigilar estrechamente a los esclavos para que no huyesen con un puñado de oro, de los dineros que había que repartir entre capataces y contrabandistas, del alto coste del alquiler de la maquinaria y del riesgo de morir a manos de alguno que quisiera robarle la concesión, George Henry Isaacs Adofus no tardó en abandonar este negocio y se instaló en Quibdó. Allí fundó un almacén comercial que le permitió acumular cierto capital. En 1828, se casó con Manuela Ferrer Scarpetta, hija de un militar catalán al que fusilaron los independentistas colombianos por combatir del lado de la corona española. George Henry llegó a ser gobernador de la provincia de Buenaventura. Él soñaba con convertirse en terrateniente de trapiche y esclavos. A su alrededor, la oligarquía esclavista valleucana —los Mosquera, los Arboleda— seguía empeñada en aprovechar el negocio hasta el último día, así que vendía negros con destino a Panamá para que una compañía yanqui los explotara en la construcción del ferrocarril.

En 1840, el papá del poeta compró la hacienda La Rita, cerca de Palmira. La renombró, en honor a su mujer, como La Manueleta, y apostó por la siembra de caña de azúcar y el engorde de ganado. Tanto los cañaduzales como los pastos tenían una larga

tradición en la región, su historia se remontaba a la conquista. Y es que la melaza y la carne de res fueron desde muy pronto la proteína —la gasolina— que movía a los esclavos que se deslomaban para extraer el oro.

Tras la aprobación definitiva de la manumisión en 1851, nuestro terrateniente descuidó la hacienda y se dedicó al juego y el aguardiente, de modo que su hijo, el poeta, tuvo que hacerse cargo de La Manuelita, y de las deudas, cuando el padre murió de cirrosis.

En la subasta pública celebrada en Cali, James Martin Eder —que en Colombia se hará llamar don Santiago— se quedó con la hacienda a cambio de un ventajoso precio. Y, gran emprendedor como era, se dispuso a introducir mejoras para ampliar la producción. Eder no se amilana por nada: comienza a vender también a través de Panamá, aunque para ello tenga que trasladar el azúcar en canoas por el río Dagua, y luego en recuas de mulas que suben y bajan la cordillera.

Cuando don Santiago irrumpe en Colombia, se encuentra a las grandes haciendas en franca decadencia. En el norte del Cauca, cerca del lugar donde hoy se ubica Puerto Tejada, ya desde finales del siglo XVIII comunidades conformadas por negros libres y por cimarrones se hacen fuertes y afirman su autonomía. Viven protegidas por el bosque en las riberas del río Palo. Allí desafían el monopolio de la comercialización del tabaco promulgada por el rey de España. Muchos de los prófugos provienen de las haciendas de los Arboleda. Esta estirpe esclavista, llegada a Colombia en torno a 1570, combinaba la explotación agrícola con sus minas de oro en la costa Pacífico, concretamente en Timbiquí. Pero ahora, en el siglo XIX, los esclavos, además de fugarse y constituir palenques, participan en las numerosas guerras civiles que atraviesan el siglo, arrasan con las haciendas siempre que se presenta la oportunidad y tratan por todos los medios de alcanzar la libertad.

El estado persistente de guerra entre liberales y conservadores provoca que las grandes propiedades cambien de manos de un día

FUENTES ORALES, BIBLIOGRAFÍA, AGRADECIMIENTOS

NO CREO QUE LE pegue mucho a este libro una bibliografía al uso. Si de alguna fuente ha bebido mi escritura, ha sido de lo que me han contado un ciento de protagonistas de esta historia. El nombre y apellido de algunos de ellos han aparecido a lo largo de estas páginas; en otros casos, lo más oportuno ha sido colocar en su lugar nombres ficticios o, simplemente, hacer emerger su voz sin necesidad de que la asociemos a un nombre propio. Cada una de las personas que ha ofrecido su testimonio sabe cuánto se lo agradezco. Sin sus aportaciones, este libro no existiría.

Para toparme con las voces asturianas que componen esta historia, solo he tenido que desplazarme unos kilómetros: a Tuilla, a Candín, al Entrego, a Mieres, a Figaredo, a La Camocha, a los barrios que circundan el puerto del Musel. María y Javi, vecinos de Candín, además de protagonistas del capítulo coral acerca de la barriada de Tuilla y el Pozu Terrerón, fueron los anfitriones de cada una de mis visitas y quienes me presentaron a las otras personas que me permitieron trenzar esa parte del libro. Iris Hermoso me acompañó a visitar el Pozu Sotón y compartió conmigo toda su experiencia y sabiduría acerca de la arqueología industrial del lugar. Paco Ramos se armó de paciencia para responder a todas mis preguntas acerca del puerto del Musel, me paseó por la Campa Torres para otear el puerto y los depósitos de carbón y me aportó un montón de información acerca de las políticas energéticas y el mercado mundial del carbón. Además, me pasó el contacto de la buena gente de la Plataforma contra la Contaminación de Xixón. Algunos de sus miembros me acompañaron en mis visitas a Aboño, el Muselín, Portuarios, Pescadores. Sobre el puerto, pude conversar con varios estibadores. Algunos de ellos permanecen en activo, otros ya están jubilados. Fernando González, trabajador de la EBHI afiliado a la Corriente Sindical de Izquierdas y uno de los protagonistas de la huelga de hambre durante la primavera de 2021, no solo me ofreció su

testimonio, sino que, con sus explicaciones y con un mapa, me ayudó a entender mucho mejor la composición del puerto y de las diferentes partes que lo constituyen. También Víctor Jesús Vázquez Rascón, Cela, me ofreció detalles imprescindibles para terminar de montar las partes del libro dedicadas a la historia del Musel y de los barrios adyacentes.

En Mieres, Ana Fueyo Álvarez me acompañó en dos ocasiones a visitar el pueblo de Figaredo. En la primera ocasión, recorrimos una parte de la barriada. En la segunda, Ana me mostró el interior del lujoso palacete de los Figaredo, que se encontraba vacío y cerrado bajo llave.

Fructuoso Pontigo, Fruti, compartió conmigo todos los datos de los que dispone acerca de la producción y consumo energético en Asturias, así como sus argumentos a la hora de presentar alegaciones a los complejos eólicos. Beatriz González me ayudó a resolver algunas dudas acerca de la historia de las minas de oro de Boinás y Carlés y del proyecto minero en Salave. Con Eduardo Menéndez, inseparable compañero de Bea en las luchas ecologistas, tuve la suerte de conversar en diversas ocasiones sobre el proyecto de este libro durante los últimos meses de su vida. Me apena mucho que no pueda llegar a tenerlo en sus manos, pero le estaré siempre agradecido por todo lo que me ha enseñado: por su forma de interpretar el mundo y por su manera de habitarlo.

Para ir en busca de las voces colombianas, realicé un viaje en otoño de 2017 que me llevó a Bogotá. Agradezco a Nubia Ruiz y a Carlos Olaya su infinita hospitalidad y cariño, además de todos los contactos que me facilitaron para conocer diversos escenarios del país. Jaime Torrenegra fue uno de esos contactos, y fue con él con quien conocí el sur de la capital. De Bogotá viajé a Buenaventura, y allí todo fue más fácil gracias a mi amiga Leire Lasa, que se encontraba trabajando en la zona desde hacía un tiempo. Ella fue quien me acompañó por las comunas de la ciudad y por el mismísimo puerto. Carlos Puentes, compañero de trabajo de Leire, y un amigo porteño de quien no voy a decir el nombre también fueron partícipes de esas andanzas. En La Guajira y el Cesar pude conocer de primera mano los lugares afectados por el extractivismo minero. Rufino Gouriyu me acogió y me guio durante nuestro recorrido por Riohacha, Uribia y Albania. Las gentes de Sintracarbón me recibieron amablemente en Riohacha y facilitaron mi trabajo allí. Agradezco a los compañeros del sindicato Sinaltrainal su cálida acogida en Valledupar y a las hijas de Luciano Romero su disposición a compartir conmigo los recuerdos de su padre.

De vuelta en Asturias, Albani, Jhoana y Emmanuel, la familia Ocoró Venté que ya es también mi familia, fue esencial para construir algunas de las conexiones entre el allá y el acá. También lo fue Deisy, a la que deseo mucha suerte en su odisea en España.

Componer este libro también ha requerido de lecturas. En primer lugar, para encontrar referentes de esa «literatura de la escucha». Imposible, por tanto, no topar con el gran sociólogo colombiano Alfredo Molano, el mismo que recorrió durante décadas cada rincón del país y que nos dejó en el año 2019. Este libro arranca con una cita de la conferencia que ofreció al recibir el título de doctor honoris causa en la Universidad Nacional: «Escuchar es casi escribir». Títulos suyos como *Aguas arriba. Entre la coca y el oro*; *A lomo de mula. Viaje al corazón de las FARC*; *Los años del tropel* y, sobre todo, *De río en río. Vista a los territorios negros* me han sido de gran ayuda.

Otra referencia obligada en el terreno de la escritura de la escucha es la gran Svetlana Aleksíevich y sus libros compuestos a modo de sucesión de voces en primera persona: *La guerra no tiene nombre de mujer*; *Los muchachos de Zinc*; *Voces de Chernóbil* y *El fin del «homo soviéticus»*.

En el terreno híbrido de los libros documentales, en la frontera entre la novela y el ensayo, John Berger es un maestro. *Un séptimo hombre*, su libro sobre las migraciones a Europa occidental después de la Segunda Guerra Mundial, es una muestra difícilmente superable. Uno de sus discípulos, Timothy O'Grady, nos ha regalado dos excelentes libros a la estela de Berger: *Hijos de Las Vegas*, realizado también a través de entrevistas y mediante la construcción de relatos en primera persona, y *Sabía leer el cielo*, sobre la migración rural irlandesa hacia Inglaterra.

Me gustaría señalar también que tengo muy presente la literatura de Isabel Alba, y especialmente su novela *65 % agua*, a la hora de relatar escenas íntimas, cotidianas, atravesadas por el universo de los cuidados.

En un registro más periodístico, me ha sido muy útil leer la obra de Roberto Saviano: *Gomorra* y, sobre todo, para lo tratado en este libro, su *CeroCero*, centrado en la cocaína. También los títulos de John Gibley sobre México: *Fue el Estado* y *Morir en México*. *El delirio blanco*, de Jacek Hugo Bader, y *No digas nada*, de Patrick Radden Keafe, son otros libros que me han resultado sugerentes mientras buscaba una voz narrativa, aunque en su caso nada tengan que ver los temas y localizaciones con los que aparecen en estas pági-

nas. Sí que tiene mucho que ver con los asuntos de este libro el gran clásico de Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*.

Una cierta inmersión en la literatura del carbón me ha sido también de gran ayuda. Por un lado, he leído novelas construidas en torno a los accidentes mineros: la mexicana *El incendio de la mina El Bordo*, de Yuri Herrera; la francesa *El día antes*, de Sorj Chalandon; y la estadounidense *La fiebre del carbón*, de Tawni O'Dell. *El camino de Wigan Pier*, de George Orwell, ofrece una exhaustiva crónica del trabajo penoso y las condiciones de vida infames de las familias mineras en Yorkshire y Lancashire, así como acerca de la enorme dependencia del carbón de una sociedad industrial que se encontraba a las puertas de la Segunda Guerra Mundial. *GB84*, de David Peace, narra con aspereza las huelgas mineras contra Thatcher que tuvieron lugar cuarenta años después. En *Historia de Shuggie Bain*, de Douglas Stuart, la debacle de la desindustrialización en Glasgow ya se ha producido, y lo que se cuenta es esa devastación social. *Amianto*, del italiano Alberto Prunetti, no se centra en la minería, pero sí en la nocividad del trabajo industrial a través de la trágica experiencia del padre del autor. *La Compañía*, de la mexicana Verónica Gerber, narra el terror que asola a un pueblo ante la irrupción de la empresa minera y está inspirada en su visita a una mina de mercurio, San Felipe Nuevo Mercurio, en Zacatecas.

Ya en España, llegué a los clásicos *La aldea perdida*, de Armando Palacio Valdés y *La mina*, de Armando López Salinas. Los amigos de Pepitas me descubrieron las crónicas de Manuel Ciges Aparicio: dos años después de la «Huelgona» de 1906, Ciges publica *Los vencedores*, acerca del prócer Guilhou, dueño de la Fábrica de Mieres, ese «señor podrido de vicios», y de otros potentados como «Comillas el Fariseo»; dos años después, salen a la luz sus excelentes crónicas sobre las minas de Riotinto y Almadén bajo el título *Los vencidos*: Riotinto con sus casas derruidas y sus mineros desmembrados por los accidentes; Almadén y sus gentes hambreadas y envenenadas por el mercurio.

Como referencias más recientes, me gustaría nombrar la novela *Carbón*, de Sara Velasco, esa triste y honda historia familiar ligada a la térmica de Ponferrada; *Hijos del carbón*, el reportaje de Noemí Sabugal que recorre los diversos escenarios del fin de la minería en el Estado español; dos libros del asturiano Fruela Fernández: *Una tradición rebelde. Políticas de la cultura comunitaria* e *Incertidumbre de aldea*, por sus escenas de «la cuenca», pero también por sus sugerentes reflexiones acerca de la cultura comunitaria y sus ambivalencias; la novela *Les ruines*, de Xandru Fernández, que narra la vida de una